



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11089

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extran-
ero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 29 DE SEPTIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA TODAS LAS CARRERAS ESPECIALES
ESTABLECIDA EN EL COLEGIO DE S. ISIDORO

á cargo de los señores D. Adrián Biestra, comandante de Artillería y Doctor
en Ciencias Físico-Matemáticas; D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la mis-
ma facultad; D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, Puer-
tos y Canales.

El curso empieza el 1.º de Octubre.

15, Balcones Azules, 15

CRÓNICA INTERNACIONAL

(De nuestro servicio especial).

Ya está en París la comisión es-
pañola que ha de entender en el
tratado de paz con los Estados Uni-
dos, y dentro de pocos días habrá
celebrado la primera entrevista
con los de esta nación.

Por lo que Mac-Kinley ha dicho
y por lo que los políticos y comi-
sionados yanquis han dejado tras-
lucir, para nadie es un secreto
cuales serán, si es que los repre-
sentantes de España van á defen-
der como deben los intereses de su
representada, los extremos más
discutidos en las conferencias: la
Deuda de Cuba y la posesión de la
isla de Luzón.

El presidente de la engreída re-
pública, valiéndose de la superio-
ridad de fuerzas que tiene el pue-
blo por él regido sobre la infeliz
España, ha dicho que no admite
observaciones acerca de los dos
mencionados extremos, motivopor
el que todos debemos tener por
seguro que España cargará con la
Deuda de Cuba y que nos quedare-
mos sin la isla de Luzón, como nos
hemos quedado sin la grande y pe-
queña Antilla.

Nada importa a Mac Kinley que
salga al encuentro de su pretensión
la justicia, el derecho internacio-
nal y los múltiples precedentes que
existen. Como atropelló nuestros
derechos y sus deberes, primero al
entrometirse en nuestros asuntos

interiores, después al declararnos
una guerra tan injusta como bru-
tal, atropellará todo lo que se opo-
ne á que España pague la Deuda
cubana y á que se desprenda de la
isla de Luzón.

Para convencerse de lo impru-
dente que es la pretensión de Mac-
Kinley respecto á la Deuda, véan-
se los convenios que precedieron á
la emancipación de los antiguos
virreinos de España en América.
Ni una sola de las que hoy son re-
públicas hispano americanas, deja-
ron de hacer suyas las deudas que
pesaban sobre sus respectivos pai-
ses antes de declararse independen-
tientes, por ser de justicia que así
obrarán.

Si no queremos remontarnos á
fechas tan lejanas para buscar pre-
cedentes, ahí está lo estipulado por
Francia y Cerdeña cuando la cesi-
ón de la Saboya; lo convenido en-
tre Francia é Italia, en 1866, pa-
ra librar á la Santa Sede de las
deudas que pesaban sobre los ter-
ritorios que había perdido; el tra-
tado de Berlín de 1878, por el que
se considero á los principados de
Bulgaria, Servia y Montenegro
obligados á cargar con la parte de
la Deuda otomana que pudiera co-
rresponderles, y otros muchos ca-
sos que sientan jurisprudencia so-
bre el tema principal de las futu-
ras conferencias de París.

En cuanto á nuestro derecho á
conservar la isla de Luzón, si no
fuera bastante la cláusula tercera
del protocolo de Washington, que
solo trata de la retención tempo-

ral de Manila, su puerto y bahía,
véase en el derecho internacional
si la posesión de la capital de una
isla dá derecho sobre todos los ter-
ritorios de ésta; véanse los trata-
dos que han puesto término á las
guerras habidas en el presente si-
glo. En ninguno de ellos se encon-
trará un caso como el que preten-
de llevar á cabo el sucesor de Cle-
veland.

Pero estamos seguros de que eso
á Mac-Kinley le tiene sin cuidado,
y que valido del derecho que le da
la fuerza bruta, atropellará todo
lo que sea necesario para conseguir
su objeto.

Ni aun la esperanza del arbitra-
je nos queda; porque en vez de ali-
viar la situación en que los Esta-
dos Unidos pretenden hundirnos,
la empeoraría. Harta enseñanza
tenemos en el célebre armisticio y
en las distintas intervenciones que
han llevado á cabo las grandes po-
tencias.

Europa continúa viviendo entre
zozobras é intranquilidades sin
cuento; su vida parece la del crimi-
nal que teme á cada momento ver
descubierto el crimen cometido, ó
la del avaro á quien no deja paz ni
sosiego el temor de ser despojado
de las riquezas acumuladas á fuer-
za de fatigas, miserias y privacio-
nes.

En la cosa más insignificante an-
tójasele ver al coloso que de un so-
lo golpe romperá el débil hilo de que
pende la paz que todos los días se
vé amenazada.

A la cuestión del Níger sucedió
la tirantez de relaciones entre Ru-
sia é Inglaterra, con motivo de los
antagonismos producidos por sus
respectivas y encontradas preten-
siones sobre China; acallados los
temores suscitados por esa tiran-
rez, surge la cuestión de Fashoda,
y sin haberse arreglado ésta, los
asuntos pendientes entre el Celeste
Imperio y la Gran Bretaña toman
mal aspecto y hacen creer en un

conflicto que traiga la lan temida
conflagración europea.

Como á esto se une que la vida
política interior de algunas poten-
cias es poco tranquilizadora, la pe-
sadilla de la guerra mécese sobre
las cabezas de los colosos, mante-
niéndolas en constante inquietud.

CH. BEPHEX.

TIJERETAZOS

Dice un corresponsal americano de
los que más han defendido la insurre-
cción cubana, que al ver lo haraganes,
traidores y ladrones que son los cuba-
nos en armas, siente vergüenza de ha-
berlos defendido.

Eso debe decaerle el corresponsal á
su conciencia.

Porque él y otros como él son los res-
ponsables de la guerra y de los milla-
res de víctimas que ha causado.

El arrepentimiento viene tardío.

Ayer se leía en la tablilla de telégra-
fos que la comunicación con Andalucía
estaba interrumpida, haciéndose el ser-
vicio por correo.

Para ese viaje no se necesitan alfor-
jas.

Además, resulta un poco caro pagar
por quince palabras lo que cuestan
cinco cartas y pico.

Y á propósito del telégrafo.
Cuando no está interrumpido funcio-
na mal.

Telegrama puesto en Madrid después
de medio día no llega á Cartagena has-
ta la madrugada ó al día siguiente.

Y se da el caso de que sin estar inte-
rrumpidas las líneas lleguen los despa-
chos al mismo tiempo que las cartas.

La Gaceta alemana, ocupándose de
las próximas conferencias para la paz,
dice, que España habrá de aceptar las
condiciones impuestas por los america-
nos, pero que estos no abusaran de sus
ventajas.

¿Que no abusaran?
¿Pues acaso no es un abuso todo lo
que han hecho hasta ahora?

Y quien hace un cesto....

SINCERIDAD

De no sé qué oficina
cierto escribiente,
que á holgazan no le gana
nadie en el mundo,
se presentó á su jefe
súbitamente

y le dijo mostrando
dolor profundo:

—Señor, yo le suplico

me dé licencia

para ir hoy al entierro

de mi cuñado,

que ha muerto esta mañana

de una dolencia

que lo ha tenido un año

medio alelado.

A lo que el jefe dijo,

torciendo el gesto:

—Muchos son los cuñados

que usted ha perdido,

porque con ese mismo

triste pretexto,

seis permisos ó siete

le he concedido.

Y exclamó el escribiente

todo turbado:

—Podrá ser, mas le digo

sinceramente

que lo que es al entierro

de este cuñado

he asistido dos veces

únicamente.

Carlos Cano.

GLORIAS NACIONALES

Conquista de Ubuda.

29 de Septiembre de 1234.

Desde el séptimo año de su reinado,
dejándose arrastrar por sus anhelos de
restar dominios y energías á los musul-
manes establecidos en España, y por
el amor que profesaba á la santa reli-
gión del Crucificado, cuyos engrande-
cimiento y preponderancia se oía
obligado á buscar con el auxilio de las
armas, Fernando III el Santo, tan
luego llegaba la primavera, se dedicaba
todos los años á efectuar excursiones
por las tierras árabes de Andalucía, to-
mando con ello agregar á su corona
unas 50 poblaciones de esta región, en-
tre otras Sevilla, Cadiz, Córdoba, Jerez

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 255

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 251

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 251

manera tal, que hizo sentir un placer infinito, divi-
no, á Ana María, arrojándose en sus brazos y besán-
dola en la boca.

—¡Ah! no; exclamó la princesa dejándose caer
desfallecida en un sillón que tenía junto á sí; yo
no soy vuestra madre. ¿Quién os ha dicho eso? ¿Bi-
zarro? Bizarro ha mentado.

—Me lo han dicho vuestros ojos. Pues qué, ¿pue-
de una madre orgullosa de su hija ocultar su
amor? ¿puede contenerse al alma que habla en la
mirada? ¡Ah! no, no, señora: ya veis que hablo muy
bajo, por temor de que las paredes de esta cámara
tengan oídos; ya veis que tiemblo junto á vos de
amor; ya comprenderéis que necesito que me lla-
meis hija, porque os amo, señora, como si os hu-
biera conocido toda mi vida; porque he necesitado
de todo mi valor para el sufrimiento, para no arro-
jarme en vuestros brazos en el momento en que
vuestra alma, saliendo para mí por vuestros ojos,
me llamó hija.

—¡Ah! ¡no, no!... Vuestra alteza se ha engañado.

—Miradme, miradme otra vez: no apartéis de mí
los ojos, porque eso es lo mismo que confesar que
teneis miedo á vuestra mirada: miradme, señora.

Ana María, que había apartado los ojos de Azu-
cena, los volvió de repente á ella, brillantes, con un

oírse; tener el rostro en la sombra, procurando ver
iluminado el rostro de los demás; engañar, en fin,
siempre y procurar no ser engañada nunca: no sa-
beis cuánto me importa el que vos influyais en la
corte como debéis influir, como podéis influir: no sa-
beis cuánto amo yo á María Luisa de Saboya; cuán-
ta es mi adhesión por Felipe V, cuánto podemos ha-
cer las dos en servicio de nuestros reyes.

—¿Y creéis de buena fé que yo puedo ayudaros
poderosamente en vuestros buenos deseos por sus
majestades?

—Si; sois un angel de hermosura; poseéis un
atractivo irresistible, una gracia seductora, una al-
tívez que no teneis que fingir, porque es natural en
vos, y que sin tocar en la soberbia alcanza á la ma-
jestad.

—Pues bien, señora; no quiero engañaros, dijo
Azucena; no creo, no creeré nunca que soy hija de
un rey: creo que tampoco soy hija de Bizarro y de
la desdichada María de la Cinta: no habeis medita-
do bien la prueba que arrostramos: no me conociais
bien: yo sé quién es mi madre.

—¡Tú! exclamó completamente desconcertada la
princesa; y reponiéndose tardíamente, añadió:
¿vuestra alteza sabe quién es su madre?

—Si, dijo Azucena, pronunciando aquel sí de una

que ha asistido en sus últimos momentos al marqués
de Castroviejo, camarero mayor del difunto rey,
vuestro padre, el guardián de capuchinos de la Pa-
ciencia, os lo revelará como podéis revelaroslo el
marqués de Castroviejo si viviese: porque este, á
quien vuestro padre os encargó, os encargó á su
vez á Bizarro, recomendándole expresamente que
os hiciese creer que érais su hija.

—Convengamos en que todo esto es fuertemente
extraordinario.

—Siempre son extraordinarios los resultados de
los grandes secretos de los reyes: ¿para qué había
de educar un gitano á su hija de modo que adqui-
riese la superioridad de una dama?

—¿Sabe el rey ese secreto? dijo profundamente
conmovida Azucena.

Ana María miró con avidos á la joven, notando pro-
tendiendo adivinar la intención de su pregunta; pe-
ro nada adivinó.

—¡Oh! es mucho mas incomprensible que yo, dijo
para sí.

—¿Sabe el rey lo que me habeis revelado? repitió
Azucena.

—Aún no he tenido tiempo de hablar con sus ma-
jestades, y no extraño que no me hayan llamado,
porque esperarán sin duda á que á la hora acostum-